

La Cultura : Nuevos territorios, nuevos usos

I. Lecturas de la Cultura

La cultura como todos los términos que designan vastos sectores de la realidad humana y que son, al mismo tiempo, categorías centrales del saber, recubre un amplio espectro de significados. Esta radical polisemia es indisociable del decurso que la palabra y la noción de cultura han tenido en los distintos contextos históricos y lingüísticos. Pues más que cualquier otro de los grandes conceptos, el de cultura es consecuencia de sus múltiples itinerarios recorridos, producto de una historia plural y, en ocasiones, contradictoria.

Los latinos nos legan **cultura** como sinónimo de **cultivo**, primero de la tierra -y así la encontramos en el siglo XIII- y luego de otros ámbitos de la realidad : las instituciones, los oficios, la música, el derecho, las ciencias, las artes, las técnicas, las letras. Pero sólo en el siglo XVIII y en Francia, con la Ilustración, la noción de cultura adquiere reconocimiento pleno. Después de una ambiciosa expansión, metafórica y metonímica, la cultura es por una parte la acción de instruir y formar y por otra el resultado de esa instrucción, es decir el "espíritu cultivado" a que da nacimiento y el conjunto de obras y saberes que es capaz de generar. La cultura aparece así ligada al destino global del hombre y de sus logros y es por ende de vocación única y universal.

Pero apenas consigue su consagración institucional -introducción del término en el Diccionario de la Academia francesa en 1718- a la cultura le sale un peligroso rival, el concepto de **civilización**, del que

además en Francia, España e Italia es casi indiferenciable. Ambos se inscriben en la visión optimista de la historia, ambos apuestan por la universalidad, ambos hacen del combate contra la ignorancia su meta. Tal vez la cultura apunta más directamente a los individuos y la civilización a los pueblos, pero el progreso es su objetivo común, indeclinable. Este emparejamiento corre suerte muy distinta en Alemania. La *Kultur*, importación literal de la palabra francesa cuyo periplo en tierras germánicas ha descrito con brillantez Norbert Elias, se identifica tempranamente con patrimonio intelectual y se convierte en el atributo de la burguesía ilustrada frente a los usos y maneras superficiales y brillantes de la nobleza cortesana a los que se designa como civilización.

Herder, todavía en el siglo XVIII, va a radicalizar esta concepción específica y funcional de la cultura enraizándola, no ya en la *intelligentsia*, sino en el *Volkgeist* -el espíritu nacional- de cada pueblo enarbolando así la bandera de la diversidad cultural frente al universalismo de la Ilustración francesa. Con ello la cultura pasa a ser el soporte principal de la "nación alemana" que el romanticismo convierte en el fundamento esencial de todas las diferencias nacionales. Esta concepción, al mismo tiempo limitada y esencialista de la cultura, contrasta en Alemania con la pretensión universalista de la civilización que se define por sus rasgos técnicos y económicos.

A este periplo histórico y sémico, habría que añadir el discurrir de la cultura en los diversos ámbitos científico-sociales y en particular en la antropología/etnología, en la sociología y en la psicología social. Analistas tan eminentes como Tylor, Durkheim, Boas, Mauss, Malinowski, Levy-Bruhl, Benedict y más cerca de nosotros, Mead, Levy-Strauss, Kroeber y Louis Dumont, han conducido la evolución de los

conceptos de cultura y civilización al punto de generalidad y de equivalencia en que ahora se encuentran. La vastedad de los contenidos actuales de la cultura y la relevancia de los usos y propósitos que se le asignan tienen mucho que ver con la riqueza discursiva a que acabo de referirme.

Por todo ello la cultura hoy ha ensanchado sustancialmente sus dominios y junto a la cultura en sentido tradicional, que engloba las actividades y obras artísticas, musicales, literarias y estéticas, cultura que suele calificarse de cultivada o de **alta cultura**, encontramos, sin prelación ni jerarquía, la **cultura popular** cuya dimensión rural pero también urbana, de base y de barrio, la asocia directamente a la vida comunitaria y a su historia y desarrollo ; la **cultura de masa**, producida y difundida por las grandes industrias culturales, con la cultura mediática en su centro, que hacen de la simplificación expresiva y de la reproductibilidad ilimitada de sus formas y contenidos su eje capital ; y finalmente la **cultura cotidiana** que incorpora todos los componentes básicos de la vida humana : la comida, el vestido, el trabajo, la fiesta y demás usos del ocio, los ritos y ceremonias, las formas de relación, la organización del espacio y del tiempo, etc.

La cultura así configurada tiene tal capacidad expansiva que penetra casi todos los ámbitos y está alumbrando toda una serie de nuevos territorios culturales : **cultura de la paz, cultura de la naturaleza, cultura juvenil, cultura de la empresa, cultura de la solidaridad, cultura científica** y tantos otros *in statu nascenti*, territorios cuya ambición principal es la de contribuir a dar respuesta a los interrogantes mayores de las sociedades contemporáneas. Pues es consideración compartida que si los grandes problemas hoy pendientes -quiebra del mundo del trabajo, agresiones al medio ambiente, exclusión y fracturas sociales, globali-

zación, violencia generalizada, presión de las nuevas tecnologías- son de orden social, económico y técnico, las soluciones tienen, cada vez más, un importante componente cultural.

Pues la cultura es la dimensión propicia a la creatividad de los individuos y los grupos, la que puede favorecer de manera más decisiva la realización personal y la cohesión y el progreso de la sociedad, la única que en tiempo de crisis y perplejidades, cuando se han quebrado certezas y referentes, sirve como estructura de valores, asume la función de universo simbólico y puede dar sentido al destino de la comunidad y de los individuos en ella. Esta función común de **productoras de sentido**, que asumen por igual las diversas modalidades que componen la concepción amplia de la cultura, función sobre la que existe un casi unanime consenso, desmonta la virulenta oposición de los defensores de la legitimidad exclusiva de la *cultura cultivada* -Alan Bloom en Estados Unidos, Marc Fumaroli en Francia- para quienes cualquier expresión cultural que no responda a esas pautas cultivadas es sólo degradación de la cultura, perversión de su cometido.

II. Economía y Cultura

Es pues natural que el crecimiento de la actividad cultural -procesos y productos- en los últimos cuarenta años -1958/1998- haya sido espectacular y que cualesquiera que sean los parametros de que nos sirvamos para su determinación -producción y difusión de libros, número de exposiciones y de visitantes de las mismas, creación y mejora de bibliotecas, conservación y animación del patrimonio arquitectónico,

difusión de la información cultural, apoyo al aprendizaje de lenguas y protección de las lenguas minoritarias, creación de casas y centros de cultura, estímulo a la creación y a la práctica literaria y musical, promoción del turismo cultural etc. -su volumen actual sea varias veces superior a los valores iniciales. Con su necesaria traducción en el ámbito económico.

Quedan lejos los tiempos en que economía y cultura eran consideradas como dos mundos totalmente ajenos e incommunicables. Ahora sabemos que forman un espacio común sin discontinuidades mayores, en el que, además, la inversión de la relación trabajo/tiempo libre y la irrupción de la economía de lo inmaterial ha hecho de la cultura, en sentido amplio, el sector económico que más ha crecido en los últimos 20 años y que con casi 4 millones de trabajadores se ha convertido en Europa, en uno de los primeros sectores industriales y de servicios. Limitándonos a los países de la Unión Europea donde los datos estadísticos son más fiables, puede señalarse que la participación media de la cultura en el Producto Nacional Bruto se sitúa en torno del 5 % y que el gasto cultural medio de las familias europeas, incluyendo diversiones y vacaciones, superaba el 10 % de los presupuestos familiares totales. Este sostenido crecimiento económico de la cultura explica que el aumento del empleo en el ámbito cultural haya aventajado ampliamente al índice medio de empleo global : + 24 % entre 1987 y 1997 en España, + 34 % y % 37 % en Reino Unido y Francia, respectivamente en la década de los ochenta.

Ese incremento laboral debería continuar en el próximo futuro en función del potencial de crecimiento a plazo medio del sector de la cultura, pues las previsiones más fundadas nos dicen que el mercado audiovisual debería aumentar más del 100 % en los próximos ocho años

y lo mismo debería suceder, aunque en porcentajes inferiores, en el turismo cultural, la conservación y disfrute del patrimonio, los festivales populares etc. La progresión constante de la urbanización que hace que más del 80 % de la población europea viva en áreas urbanas frente apenas el 70 % en 1965 ; la disminución de la oferta de trabajo, que parece irreversible, con la inevitable expansión del tiempo del ocio ; la extensión de la población formalmente culturalizada, con más de 15 millones de estudiantes universitarios en la Europa comunitaria, son factores que han contribuido a disparar la demanda cultural. La creación en el marco de la UNESCO de la **Comisión Mundial sobre Cultura y Desarrollo** que preside Javier Perez de Cuellar es la más brillante expresión institucional del destino conjunto de economía y cultura.

III. POLÍTICA DE LA CULTURA

Pero esta andadura común no hace de la cultura una mercancía más aunque funcione como un producto de mercado, pues las obras culturales no agotan su razón de ser en el hecho de que se compren y se vendan. Las industrias de la diversión, del ocio y de la imagen, los objetos artísticos, literarios y musicales tienen un más allá del mercado cuyos fines desbordan largamente la esfera económica y no se limitan a los usos privados y a los intereses personales de sus usuarios directos sino que afectan a la comunidad en su conjunto. De aquí la importancia de la política cultural objeto de permanente malentendido y de descalificaciones constantes desde las posiciones liberales radicales. ¿Cómo cabe conciliar, preguntan, la autonomía y la espontaneidad propias de toda práctica cultural con la voluntad intervencionista y el encorsetamiento que caracterizan toda gestión pública ? ¿Cómo hacer

compatibles la independencia y la imprevisibilidad de la creación con los reglamentos y controles que acompañan cualquier política pública y que son consustanciales a la burocracia estatal ?

Las objeciones contenidas en estas preguntas nada tienen que ver con una verdadera política cultural cuyo objetivo es el establecimiento por vía democrática -el programa cultural del partido que gana unas elecciones libres- de las grandes opciones y finalidades culturales de cada comunidad. Opciones y finalidades que no pueden confundirse con la arbitraria intromisión del gobernante en los procesos de creación y en la determinación de los contenidos culturales, ni con el sometimiento del ejercicio de la cultura a disposiciones inútiles y perturbadoras o con el reparto de prebendas a amigos políticos o personales. Esas perversiones, aunque pueden existir y de hecho existen, no invalidan la legitimidad de la política de la cultura, porque con ese criterio habrían de suprimirse todas las políticas sectoriales concretas -comercial, agrícola, industrial, energética etc.- en las que los márgenes para la arbitrariedad y la corrupción son mayores y el interés general no es más evidente.

La política cultural entendida pues como la asignación de unos medios a la consecución de unos fines mediante la realización de una serie de acciones en el campo de la cultura, es imperativa ya que deriva de la inevitable limitación de los recursos disponibles y de la necesidad de afectarlos a determinadas prioridades que sólo pueden ser establecidas por parte de las instancias -personas, grupos e instituciones- que tienen legitimidad para hacerlo. De aquí que las políticas culturales sean no sólo tema y cometido de las comunidades políticas -estados, regiones, ciudades- y de las organizaciones intergubernamentales, sino también de todos los actores sociales privados -asociaciones, fundaciones, compañías mercantiles- que quieren intervenir en el ámbito de la cultura y que

tienen en consecuencia que marcarse unos objetivos, arbitrar unos medios y con ellos construir un programa de acción cultural. Es decir, tienen que decidir una política de la cultura.

Por esa razón, si la crítica de toda política cultural, globalmente considerada, carece de sentido puesto que es inevitable, lo que si lo tiene es la evaluación de las políticas culturales, públicas y privadas. Es decir el examen de como se han realizado, en el doble sentido de cómo se ha cumplido el programa que cada una ha establecido -¿se han realizado las acciones previstas y lo han sido en el modo proyectado?- y del logro de los objetivos que las mismas se habían propuesto. El Consejo de Europa lanza, a partir de 1985, un ambicioso proyecto de examen de las políticas culturales que, inspirándose en los analisis de las políticas educativas de los estados que venía realizando la OCDE y sobre todo en las monografías sobre las políticas culturales nacionales producidas por la UNESCO en los años 70, ha sometido a evaluación la política de la cultura de trece de sus estados miembros : Francia, Suecia, Países Bajos, Austria, Italia, Estonia, Finlandia, Federación de Rusia, Eslovenia, Letonia, Croacia, Bulgaria y Lituania.

La práctica evaluativa se desarrolla a lo largo de cuatro operaciones bien diferenciadas : En la primera el país examinado prepara un informe en el que expone la política cultural que ha llevado a la práctica ; la segunda consiste en el estudio que un grupo internacional de expertos, elegidos por su competencia y que no ostentan representación nacional ni institucional alguna, realiza sobre la política de la cultura del país concernido, mediante visitas, audiciones, exámenes documentales etc. ; en una tercera fase los expertos redactan un informe evaluativo que tiene en cuenta tanto las experiencias y los datos recogidos como el informe nacional del país examinado ; y finalmente en la cuarta

operación, que tiene lugar en el marco intergubernamental del Consejo de Europa, las autoridades nacionales del estado concernido responden a las preguntas, comentarios y juicios del grupo de expertos. La publicación de los dos informes y de la transcripción de la reunión final constituye una base documental extraordinariamente útil para poder ir perfeccionando la acción cultural de los estados en función de sus objetivos específicos.

Como queda dicho los evaluadores no pueden ni quieren entrar en consideración alguna positiva o negativa, sobre las finalidades culturales elegidas por los estados, ni siquiera en la relevancia y pertinencia de las acciones con que se intenta conseguir las sino exclusivamente en la eficacia con que se han realizado y en los resultados a que han dado lugar. La fijación de las grandes opciones y de los objetivos globales de la política cultural sólo puede establecerse, como hemos apuntado anteriormente, por quienes tienen legitimidad política para hacerlo : los gobiernos democráticamente elegidos. Es más, la comparación de las políticas culturales de los diversos países europeos ha puesto de relieve que existe una fuerte continuidad en los objetivos culturales nacionales a pesar de la diversidad de los credos y de las preferencias ideológicas de las fuerzas políticas rivales que se suceden en el poder. Y en ese sentido los objetivos culturales de los socialistas y de los conservadores en Suecia, difieren menos entre sí que los de los socialistas suecos y franceses o que los de los conservadores de ambos países. O sea que en el campo de la cultura, la opción nacional prima sobre la opción política de partido.

Esas opciones nacionales básicas, que habría que calificar de ecoculturales pues desbordan los ámbitos estrictos de un estado-nación para alcanzar a todos los países que se encuentran en la misma área

cultural -por ejemplo Suecia se diferencia poco a este respecto de sus vecinos nórdicos-, deben situarse en el tiempo, ya que según las épocas asistimos a la aparición y prevalencia de ciertas grandes tendencias que se traducen en paradigmas culturales dominantes de vigencia general. El de mayor continuidad y presencia, que por esta razón los analistas consideran como el paradigma cultural por antonomasia, es el de la **ayuda a la creación y a los creadores** por parte de mecenas, públicos o privados. El **mecenazgo** se presenta a sí mismo, desde sus primeras remotas apariciones, como un comportamiento desinteresado sin más motivación que la de promover la belleza y favorecer la cultura. Pero el más superficial análisis de las obras culturales acompañadas por un mecenas, más allá de su obvia autonomía artística y estética, reenvían, a veces en contrafigura, a los valores y a los intereses de los Emperadores, Papas, Reyes, Príncipes, Cardenales, Estado, Burguesía, Empresarios que las fomentaron e hicieron posibles.

De forma más claramente contextualizada en el tiempo, a principios de los años 50 irrumpe el paradigma de la **democratización de la cultura**, derivado de la ideología democrática que señorea la segunda postguerra mundial y extiende al ámbito cultural unos valores y unos comportamientos que existen, sin alternativa posible, en los campos político, económico y social. El **derecho a la cultura** es un capítulo más en los derechos humanos, cuya efectividad, en una fase de crecimiento sostenido de la economía mundial, parece no tener más límite que el que cada comunidad se dicte a sí misma. Democratizar la cultura quiere decir convertir un privilegio de minorías -el disfrute de la alta cultura- en bien común de la colectividad, el facilitar a todos el acceso a las creaciones artísticas y estéticas, el popularizar al máximo el ejercicio de toda actividad cultural. Los objetivos de las políticas culturales de los estados, sobre todo occidentales, y de las grandes organizaciones

intergubernamentales -en particular UNESCO y Consejo de Europa- giran en la década de los sesenta en torno de este paradigma.

El estancamiento del proceso de expansión económica coincide con un cierto "*cansancio del bienestar*" que se manifiesta en la conciencia de los límites del crecimiento -a causa del agotamiento de los recursos- y en la contestación de la sociedad de consumo, lo que lleva a la descalificación y abandono del paradigma cultural vigente. Al que se acusa, por una parte, de paternalismo dirigista al querer imponer a todos una única acepción de la cultura -la de la cultura cultivada-, y, por otra, de muy escasa eficacia al haber conseguido muy parvos resultados en la incorporación de los ciudadanos al ejercicio de esa cultura. Frente a él, emerge un tercer paradigma, el de la **democracia cultural** que preside los años 70. Su contenido apunta más a la actividad que a las obras, más a la participación en el proceso de creación y recreación que en el uso o consumo de sus productos. Frente a la cultura una y sabia de los dos paradigmas anteriores, en este se reivindican las culturas múltiples de todos los grupos, de todas las comunidades, culturas de las que todos los miembros de cada una de ellas son, en alguna medida, destinatarios y protagonistas.

Pero el marco de la democracia cultural no podía aplicarse, sin más, a los países más pobres, donde sus condiciones de vida reclamaban un contexto referencial distinto y más acorde con sus necesidades. Por lo demás, incluso en los países postindustriales del norte, la cultura parecía haberse estancado en ciertos modos y prácticas y exigir nuevas formas y comportamientos que hicieron efectivamente posible la postulada democracia cultural que no acababa de ser realidad. Esta doble determinación suscita la aparición de la categoría de **desarrollo cultural** que va a ser, a partir de entonces, complemento inseparable de la

democracia de la cultura, tanto en los estudios de los expertos, como en los discursos de los políticos, y en el ejercicio de los ciudadanos. Desarrollo cultural que experimentará en años sucesivos los avatares del concepto de desarrollo y recibirá, consecuentemente, los calificativos de endogeno primero y sostenible después, manteniendo siempre como meta la aproximación hacia un modelo de civilización que la crisis actual diluye y problematiza.

La mundialización de los principales procesos tecnológicos, económicos y sociales ; la fractura de las sociedades contemporáneas obra del paro, la fragmentación sectorial y el neocorporatismo ; la implosión de los vinculos sociales y la exclusión como realidades cotidianas ; la radicalización del individualismo como referente exclusivo ; la homogeneización que imponen las industrás culturales de masa ; la fragilización creencial e ideológica inducida y legitimada por la postmodernidad han generado un sentimiento de abandono y desarraigo en los individuos y en los grupos que se ha traducido en la revindicación, casi siempre airada y con frecuencia violenta, de la identidad.

Identidad que no puede entenderse, como pretenden algunos ensayistas sólo interesados en su descalificación, como un conjunto de elementos homogéneos e inmodificables, hermeticamente endógenos y destinados a durar para siempre, sino como una serie de componentes dispares, contrarios e incluso contradictorios, sometidos a un continuo proceso de cambio pero que forman un todo dotado de un cierto nivel de invarianza y de un marco común. Un todo que es de cada miembro de la comunidad pero que les supera, que les copertenece pero que no se agota en esta pertenencia individual, aunque la haga posible, un todo que se realiza en su pertenencia colectiva y en su existencia comunitaria.

Sea esta geopolítica, etnosocial o profesional, la identidad es, en tiempos de naufragio de modelos y doctrinas, la única argamasa, el último soporte de la existencia comunitaria y por eso se convierte en el paradigma de las políticas culturales de la última década.

Pero los individuos no somos sólo sujeto y materia de una identidad colectiva sino de múltiples. Nuestra pertenencia comunitaria es siempre **multipertenencia** que no puede polarizarse de forma exclusiva en torno de una de ellas incluyendo a las demás, sino que ha de vivirse en la simultaneidad efectiva de todas ellas. Por lo que el gran tema de las identidades colectivas, reto central de quienes son sus sujetos, es el de la gestión de sus antagonismos. Ser al mismo tiempo catalán y español, bretón y francés, británico y europeo, puede ser en bastantes ocasiones y para bastantes ciudadanos una práctica difícil que en algunos casos puede llegar a dramática.

Sobre todo por el papel vertebrador de las identidades que desempeña de forma cada vez más determinante y por el actual funcionamiento ideológico de la misma, que lleva a toda comunidad cultural a reivindicarse como comunidad política y a constituirse en estado-nación con la plenitud de atributos soleranos que le corresponden. Lo que si en ciertas coyunturas y momentos es plenamente legítimo, no puede generalizarse sin que la capacidad integradora de la cultura se convierta en fuente de rivalidades y disputas. Pero hoy la ideologización cultural de las comunidades geopolíticas es difícilmente evitable ya que se alimenta de la contradicción entre la diversidad de las culturas que reclamamos y el modelo único económico (economía de mercado) y político (democracia parlamentaria de partidos) de que nos servimos. La condición perversa de la nacionalización ideológica de la cultura tiene mucho que ver con

el drama de la antigua Yugoslavia y en general con los integrismos identitarios de tantos colectivos -minorías étnicas, ámbitos territoriales etc.- para los que la gestión política de su negada **multi/interculturalidad** es la gran apuesta con la que van a entrar en el siglo XXI.

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV : *Methods for evaluation of national cultural policies* - Swedish Ministry of Education and Cultural Affairs, Stockholm, 1986
- AAVV : *La Politique culturelle de la France* - La Documentation française, Paris 1988
- AAVV : *National Culture Policy in Sweden*, 2 vols. Council of Europe, 1990
- AAVV : *Reflexiones previas sobre las políticas culturales* - UNESCO, Paris, 1969
- AAVV : *In from the margins. A contribution to the debate on Culture and Development in Europe*, Council of Europe Publishing, Strasbourg, 1997
- Michel BASSAND : *Identité et développement régional*, Editions Peter Lang, Berne 1991
- Pierre BÉNÉTON : *Histoire des mots : culture et civilisation* - Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, Paris 1975
- Carmel CAMILLERI et Margalit COHEN-EMERIQUE : *Choc de Cultures : Concepts et enjeux pratiques de l'interculturel* - L'Harmattan, Paris, 1989
- Denys CUCHE : *La notion de culture dans les sciences sociales* - Repères, La Découverte, Paris 1996
- Jean-Marie DOMENACH : *Europe : Le défi culturel* - La Découverte, 1990

- Xavier DUPUIS et François ROUET (eds.) : *Économie et Culture* - La Documentation française, 1987
- Nestor GARCIA CANCLINI (ed.) : *Políticas culturales en América Latina* - Editorial Grijalbo, Mexico, 1987
- Xavier GREFFE : *La valeur économique du patrimoine*, Anthropos-Economica, 1990
- Marc FUMAROLI : *L'Etat culturel. Essai sur une religion moderne*. Editions de Fallois, Paris 1992
- Guy MICHAUD et al. : *Identités collectives et relations inter-culturelles*, Editions Complexe, 1978
- J.M. MITCHELL : *International Cultural Relations* - Allen & Unwin Publishers, London, 1986
- John MYERSCOUGH : *Etude comparée du Programme européen d'examen des politiques de développement national, transversal et sectoriel* - Conseil de l'Europe, Strasbourg, 1997.
- Javier PEREZ de CUELLAR : *Nuestra diversidad creadora* - Informe de la Comisión Mundial para la Cultura y el Desarrollo, Unesco, Paris 1996
- Jacques RIGAUD : *Libre Culture* - Gallimard, Paris 1990
- Norbert SIEVERS : *Neue Kulturpolitik* - Kulturpolitische Gesellschaft, Dokumentation 32, Hagen 1988